

sus manos, con los ojos en sus ojos, hablando de lo porvenir... y Armando no sospechaba si quiera el tiempo que había transcurrido, ni se resolvía nunca á separarse de ella. Mina le había hecho quedarse á comer en su habitación, y allí, en el humilde comedor, servidos por un solo criado de toda confianza, aquellos amantes que se habían visto la última vez entre las opulencias del suntuoso palacio de Schwarzbouurg, refanse como chicos de la sencillez de aquel alojamiento, hallando con todo encanto y regocijo, como estudiantes en vacaciones.

Y en el transcurso de diez años todo había seguido lo mismo. Su existencia común había sido la más dulce, la más tranquila, la más dichosa. Un cielo de pureza nunca alterado, en medio del que, sin la menor nube que presagiase la tormenta, acababa de retumbar al trueno. Y todo se había trastornado, y quizás la calma no volviese nunca.

La pobre mujer, sumergida en tan tristes pensamientos, no pudo contener el llanto, y sin ruborizarse, dejó correr sus lágrimas, que se deslizaban abundantes de sus ojos á sus mejillas, y que la condesa enjugaba con su pañuelo de batista. Mina no pensaba en el diplomático; hasta se había olvidado de su presencia; pensaba únicamente en su felicidad perdida.

Se levantó, dirigióse lentamente á la ventana como esperando ver si el hombre en quien exclu-

sivamente pensaba y del que en aquel momento mismo sospechaba ella que se encontraba en casa de su rival se le aparecía volviendo á su casa para demostrarle lo infundado de sus temores. Vió el patio vacío, con sus grandes piedras, brillando á los rayos solares. Lanzó un profundo suspiro y murmuró:

—No; vivir así no es vivir.

Adelantóse hacia el marqués, y mirándole con fijeza le dijo:

—Doy á usted las gracias por la sensatez con que me aconsejaba hace un instante. Tiene usted razón: es muy cierto que un poco de escepticismo y un mucho de paciencia asegurarían mi reposo. ¿Pero quién me dará eso? Usted sabe que tengo un carácter exclusivista y un alma ardiente, poco aptos, uno y otra para acomodamiento y transacciones. Mi divisa será: *ó todo ó nada*. No intente usted, por lo tanto, persuadirme de que haga concesiones incompatibles con mi carácter. Sea usted una vez más el amigo adicto y experimentado, á quien, cuando he tenido dificultades que vencer, me he dirigido y nunca inútilmente. Ayúdeme usted con su experiencia y con su perspicacia. Ponga usted á disposición mía los medios necesarios para profundizar en este misterio que deseo esclarecer.

El marqués de Villenoisy tenía entre las dos suyas la mano de la condesa, que estrechó cariñosamente.

—Mina—le dijo—en este momento tiene usted calentura. Acaso sería más conveniente que aplazásemos el fin de esta conversación.

—Es verdad que estoy algo mala, pero conservo toda mi sangre fría; puede usted hablar...

—Sea como usted guste, querida amiga; si no he comprendido mal, usted me ha pedido, en términos algo vagos, pero me ha pedido usted al fin, que le facilite la vigilancia de su marido... Digámoslo claro para dar su propio nombre á la cosa; usted quiere que se le siga, que se le espíe... y tener después una relación circunstanciada de lo que hace y de adónde va. ¿No me equivoco? Es realmente esto lo que usted desea, ¿no es cierto?

La condesa, con una contracción de sus labios, expresó su repugnancia á pronunciar la palabra decisiva. Por su rostro noble pasó como una nube de disgusto. Sin embargo, contestó con energía:

—Sí, eso es lo que deseo.

—Usted ha pensado que en mi carrera diplomática he tenido ocasión de emplear hombres hábiles en esta clase de averiguaciones, y quiere que yo le escoja uno de toda confianza, que no abuse del secreto que será necesario descubrirle.

—Sí, pero ¿será preciso decírselo todo?—preguntó angustiada la condesa.

—¡Oh, no será necesario decirle sino muy

poco! —dijo tranquilamente el marqués.—Él adivinará lo que no se le diga, y no será gran mérito éste. El descifrar este enigma será, para un especialista, juego de niños.

—Y—preguntó la condesa no sin inquietud—¿será preciso que yo vea á ese hombre y hable con él?

—Indudablemente.

—¿No podría usted darle instrucciones para que no tuviera yo necesidad de figurar en nada?

—¡Ah, hija mía!—exclamó con repentina vivacidad el diplomático.—No espere usted de mí semejante cosa.—Quiero á usted muchísimo, pero quiero también al conde. Parece que me extralimito un poco sirviendo á usted tan activamente en contra de él. Quiero conservar, cuando menos, esta última apariencia de mi neutralidad. Pondré al alcance de usted los medios de averiguar la verdad; el utilizarlos será cosa de usted.

—Corriente. ¿Cuándo me enviará usted á ese hombre?

—Hoy mismo, y muy pronto; el tiempo necesario para ir á la prefectura, hablarle y enviárselo á usted á casa.

—No saldré.

—Dejo á usted entonces.

El marqués tomó su sombrero, detúvose delante de Mina, y sonriendo un poco, insistió en preguntarla:

—¿Está usted decidida, irrevocablemente decidida, sin pesar ni arrepentimiento? No olvide usted, Mina, que el acto que se propone realizar es uno de esos que un hombre del carácter de Armando perdona muy difícilmente.

—Si el conde es inocente, me lo perdonará; si esculpable, ¿qué me importa?

—Entonces, hasta la vista.

El marqués besó la mano á la condesa y partió.

La condesa permanecía pensativa y como si aquella resolución adoptada y aquel comienzo de campaña le hubiesen dado tranquilidad.

A cosa de las tres, cuando Mina trataba de leer para distraerse, entró en la habitación un criado y dijo á media voz:

—Ahí está, de parte del señor de Villenoisy, la persona que la señora condesa espera.

La señora de Fontenay se estremeció. Solamente hacía dos horas que el marqués la había dejado y ya había cumplido su palabra. Apoderóse de la condesa gran turbación. No pensó, sin embargo, ni un instante solo en despedir al recién llegado; pero vacilaba en recibirlo por lo que tenía que decirle. Por último, dió orden de que le hiciesen entrar. Al cabo de un minuto vió penetrar en la estancia un mozo de mediana estatura, algo grueso, esmeradamente afeitado, vestido de oscuro, y que, con el sombrero en la mano, tenía todas las apariencias de un ayuda de cámara de casa grande bus-

cando colocación. Saludó, inclinándose respetuosamente, y esperó á que la condesa se dignase dirigirle la palabra para preguntarle:

—¿Viene usted de parte del señor de Villenoisy?

—Sí, señora—contestó con voz algo gastada.

—¿Usted sabe de qué se trata?

—Sí, señora.

El rubor encendió la frente de la condesa, que, sin embargo, continuó:

—¿Qué necesita usted para salir bien del empeño?

El sujeto sonrió casi imperceptiblemente, y dijo:

—Solamente la orden de obrar, señora; recibida esa orden, antes de veinticuatro horas está todo hecho.

—¿Conoce usted á la persona á quien ha de seguir?

—¿Quién no conoce en París al conde de...?

Mina atajó la palabra con un *está bien muy seco*, como para evitar al nombre que ella llevaba la injuria de ser pronunciado en presencia suya por semejante boca.

—¿Nada tiene usted que pedirme?

—Nada, señora; usted me mandá proceder á la obra y yo me pongo en movimiento. Cuando tenga alguna noticia que dar á la señora condesa, vendré al palacio.

Saludó, y con paso ligero se dirigió hacia la

puerta. Cuando la condesa levantó los ojos, aquel hombre había desaparecido. Mina se aproximó á la ventana y vió al hombre, que con paso reposado y tranquilo atravesaba el patio. Tenía un aire inofensivo é indiferente; entró bajo la bóveda del portal y le perdió de vista. Sin embargo, el tiempo no le pareció tan largo hasta la comida. Sabía que estaban trabajando en favor suyo, y su fiebre se había calmado un tanto.

Armando volvió á las seis, subió primero á sus habitaciones y muy luego se presentó en las de su mujer, en el momento de sentarse á la mesa. El conde estuvo durante la comida más seductor que nunca, lleno de atractivo y de alegría. Si la condesa no hubiese tenido muchas razones para dudar de él, habría creído que no había en su alma un pensamiento culpable. A los postres acompañó el conde á su esposa hasta el saloncillo de confianza, y allí permaneció con ella hasta las nueve y media. Como no pareciese dispuesto á salir, Mina, que deseaba entregarle á las investigaciones del espía, fingió una gran fatiga, fatiga que hacía muy verosímil la palidez de su rostro, estropeado por el insomnio de la noche precedente. Entonces el conde se levantó sin apresurarse y como si lo hiciese á disgusto, y dijo que iba á pasar dos horas al club. Abrazó tiernamente á Mina y salió.

Escuchó la condesa los pasos de su marido, que se perdieron en el corredor, y con

gozo sombrío, como si hubiese ya tocado el buen éxito de su emboscada, se retiró á su habitación. También aquella noche fué agitada y ardiente. Mina oyó volver á su marido y vió que eran las doce. El día llegó con demasiada lentitud para los deseos de la condesa, que se levantó á las siete y esperó llena de ansiedad las noticias que no podían menos de llegar. A medio día nadie había llegado y la impaciencia de la condesa se exasperaba. Hizo que le sirvieran el almuerzo en su cuarto, pretextando una jaqueca. Parecíale que iba á volverse loca.

Las hipótesis más extravagantes se presentaron á su espíritu. Su marido había notado la vigilancia de que era objeto y había comprado al agente para que no le denunciase. No tendría, por consiguiente, noticia alguna, y si las tenía, serían falsas. Pensó después que el marqués sabía desde un principio que Armando era inocente de la falta de que ella le acusaba, y que el diplomático había querido castigar sus infundados celos haciéndola probar las angustias del temor y de la duda. Mina experimentó una dulzura exquisita al pensar que aquel á quien amaba nada tenía de qué acusarse y había sido siempre fiel esposo. Después, súbitamente, tornó á su primera idea y creyó que Armando había descubierto el lazo. Un terror insensato se apoderó entonces de su espíritu sobrecitado. Buscó las consecuencias que podría traer la campaña iniciada, y

no hallaba una que no fuese horrorosa. Su marido, no queriendo afrontar una lucha que había de ser desgarradora, y no resignándose á abandonar á su querida, no tenía más camino que partir para siempre. Acaso en aquel momento mismo hacía sus preparativos. Poco faltó para que la condesa le enviase á buscar para preguntarle, para asegurarse de cuáles eran sus intenciones. Pero ¿qué podría decirle sin confesarle todo el complot?

Y si él no sospechaba nada, ¿qué actitud había de adoptar la condesa en presencia de su marido?

Mina lloró de dolor y de impotencia, en la soledad de su estancia, sin saber qué decidir, temiéndolo todo, ¡ella, á quien hasta entonces nada se había resistido! Así permaneció la condesa más de dos horas, aniquilada, sentada en un sillón próximo á la chimenea, dejando correr, sin enjugarlas, las lágrimas que desde sus ojos resbalaban por sus mejillas. Nunca pudo ser más horriblemente sentido un pesar tan amargo, y aquella mujer tan envidiada por su dicha, pagó durante aquellos dos tristísimos días la felicidad de su existencia pasada.

En fin, á cosa de las tres de la tarde, como en el día anterior, entró una criada para decir que un hombre deseaba hablar á la señora condesa. En un momento Mina estuvo de pie. Subióle á la cabeza la sangre en oleadas ardientes, y en su

apresuramiento por saber algo se precipitó en el saloncillo. El hombre penetraba por la otra puerta, modesto y respetuoso. Detúvose, esperando que se le preguntase. La señora de Fontenay permaneció inmóvil, recostada en la chimenea examinando al agente, que estaba de pie delante de ella, con el aire descuidado del hombre á quien conmueven muy poco los sinsabores de las personas que le utilizan. En el drama que se representaba él solamente era una figura decorativa, y el desenlace, que él contribuía á preparar, no podía interesarle.

Esto, no obstante, el hombre no pudo menos de estremecerse cuando oyó á la señora de Fontenay que le preguntaba:

—¿Qué ha sabido usted?

El timbre sordo de la voz, lo nervioso del ademán, la palidez del semblante demostraban tal ansiedad, que el espía tuvo un instante de turbación, encogió sus hombros, como bajo una carga excesivamente pesada, y respondió:

—He sabido todo lo que la señora condesa tenía interés en saber.

—¿Y es cierto lo que yo suponía?

—La persona á quien estaba yo encargado de seguir salió ayer en coche á las diez y fué á Neuilly, paseo de Maillot, núm. 10, á casa de la señorita Lydia Audrimont. Allí permaneció hasta las doce y regresó aquí. Esta mañana á las nueve la misma persona ha salido á caballo y

ha vuelto á Neuilly, de donde ha regresado al medio día.

—Y esa Lydia Audrimont, ¿qué clase de mujer es?

—No es una mujer... es una señorita.

—¿Una señorita?

—Que tiene la mejor reputación.

—¿Ha visto usted á la joven?

—La he visto y la he hablado.

—¿Cómo es?

—Extraordinariamente linda, rubia, con ojos azules, de estatura regular, pero muy elegante.

—¿Joven?

—Unos veinte años.

—¿De dónde ha venido?

—De las inmediaciones de Quebec, en el Canadá, según me han dicho los criados que, por cierto, son muy fieles y poco comunicativos. Pero estaba la casa en tan terrible desorden cuando yo llegué, que he conseguido hacerles hablar.

—¿Desorden? ¿Pues y eso?

—Porque la señorita acaba de perder á una tía, con quien vivía, y á la que amaba como si hubiera sido su madre. Me hice anunciar como agente de pompas fúnebres, y así he podido llegar hasta la señorita Audrimont.

—Sí, tía... sí... eso es—murmuró la condesa.

—El entierro será mañana... El funeral se verificará en la capillita del paseo de la *Grand Ar-*

mée... á las diez en punto está reclamado el servicio fúnebre.

La señora de Fontenay había caído de nuevo en profundas meditaciones. Olvidó por completo la presencia del agente. Veía Mina surgir como de entre brumas una figura blanca de mujer, de rasgos aun indefinidos, pero graciosa, seductora é iluminada por ojos azules. De su frente irradiaba el hechizo irresistible de la juventud, y con orgullo soberano, con una confianza absoluta, desafiaba á su rival. La condesa lanzó un suspiro doloroso que vibró en el silencio del salón; levantó los ojos y se encontró sola. El hombre había desaparecido.

Podría haberse figurado que todo lo sucedido había sido una horrible pesadilla... momentos hubo en que se sintió inclinada á suponerlo así y á no llevar más adelante sus investigaciones; pero estos momentos eran pocos y pasaban sin dejar huella de su paso en el ánimo de Mina, que después de crueles agitaciones, de horrible lucha que le torturaba el alma, se aferró á la idea de conocer y hablar á aquella joven, á aquella Lydia...

Una vez adoptada esta grave resolución habría sido puesta en práctica inmediatamente. Su prudencia la detuvo. Aplazó la condesa su visita para el día siguiente. Hallábase quebrantada de fatiga y sus nervios sobrecitados comenzaban á distenderse. Acostóse temprano, intentó leer

para distraerse durante algunos minutos, pero sus ojos se cerraban á pesar suyo. Se durmió, y por primera vez en cuarenta y ocho horas halló la calma y el olvido.

Ya era muy entrado el día cuando despertó. Algo se avergonzó de aquella preponderancia de la materia sobre el espíritu, que la había arrancado á sus dolorosas preocupaciones. Advirtió, sin embargo, con cierta alegría, que se hallaba más fresca y más vigorizada después de aquella noche tranquila. Su pensamiento le pareció más claro y más seguro. Su resolución, no por ser muy grave, era menos firme. Había salido ya la condesa de los enervamientos exasperados de la primera hora, y se sentía dueña y señora de sí misma en toda la plenitud de su vigor físico y moral.

A las nueve vió salir á Armando vestido de negro. A medio día ya estaba de vuelta el conde. Mina le hizo saber entonces que tenía precisión de salir y que no almorzaría con él, y segura de tener dos horas por delante para ejecutar el plan que había concebido, bajó por la escalera de servicio, atravesó el patio, tomó un coche de alquiler que pasaba por delante de la puerta y se hizo conducir al paseo Maillot.

IV

Unos seis meses antes de la época en que comenzó esta relación, y en una mañana de Octubre, el conde Armando, que residía á la sazón en su palacio de Cravant, leía distraídamente su correspondencia antes de partir á una expedición cinagética con varios invitados, cuando de pronto llamó su atención un sobre ancho, en el cual iba impreso en forma de membrete: *Bernard Pellier, notario, París*. Dejó Armando la carta poco importante que en aquel momento leía, y se apresuró á abrir la que había picado su curiosidad y cuyo contenido era el siguiente:

«Mi señor y querido cliente: Acabo de recibir la visita de una prima de usted recién llegada de las colonias inglesas, la señorita Lydia Audrimont, á quien usted no conoce y que tiene que dirigirle una pregunta. La primera vez que pase usted á París tenga la bondad de venir por mi estudio, y asimismo la de avisarme la víspera para que pueda yo citar á la señorita Audrimont, en cuya presencia creo que no ha de ser á usted enojoso encontrarse.

»Reciba usted..., etc., etc. — BERNARD PELLIER.»

Después de haber leído esta carta, el conde